

que convocaría próximamente un consejo íntimo cuyas opiniones le ayudarían a fijar su resolución definitiva. «Os rogaré, prosiguió, que asistáis á dicho consejo, pues del resultado del mismo dependerá mi conducta.» El mariscal dejó al monarca persuadido de que, á pesar del regreso á México, el partido de la abdicación no había perdido aún todas sus probabilidades.

Estas supremas incertidumbres, estas vacilaciones de última hora, dejaban á Castelnau alguna esperanza de convencer al príncipe, conforme á los deseos de Napoleón. En cuanto á Bazaine, habíase mostrado hasta entonces poco favorable á la abdicación, por lo menos á la abdicación impuesta. Parece que desde aquella época sus pensamientos cambiaron y que no dudó en aconsejar también la partida inmediata. Al dar cuenta al ministro de la Guerra de la entrevista del 6 de enero, expresábase en los siguientes términos: «He expuesto al emperador que los instantes eran cortos y preciosos, que sus recursos no bastaban para hacer frente á la situación peligrosa en que iba á encontrarse después de nuestra partida, y que desde todos los puntos de vista valía más que tomase antes una decisión definitiva.» Este lenguaje se parecía mucho al de Castelnau. Dos motivos podrían explicar la evolución: primero, los progresos de los liberales eran tan rápidos y de tal modo desconcertaban todos los cálculos, que pronto el soberano sería impotente para sostener un simulacro de imperio; en segundo lugar, la orden reciente de Napoleón prescribiendo repatriar á cuantos lo pidieran, había acabado de aislar á Maximiliano, de quien todos se apresuraban á alejarse: los belgas y los austriacos iban á ganar la costa; nuestra legión extranjera marcharía con el resto de nuestro ejército; los oficiales ó subalternos alistados en los batallones de cazadores pasaban á las filas del cuerpo expedicionario: sólo unos mil europeos, sea por placer de aventuras ó por fidelidad personal al monarca, sea por razón de los vínculos contraídos en México, permanecían al servicio de la causa imperial. Entretanto, fué convocado el consejo anunciado por Maximiliano. Habiendo empezado la deliberación el 14 de enero, leyó el mariscal una especie de Memoria bastante dura en la forma, en la que, como lo hubiese hecho Castelnau, optaba por la abdicación. Sin embargo, la mayoría de la asamblea fué más lejos, y afirmándose en sus precedentes resoluciones, proclamó la lucha á todo trance para el mantenimiento del imperio.

La fecha del 16 de enero señala la separación definitiva entre el protector y el protegido. En adelante Maximiliano se absorbería por entero en su tentativa suprema; los franceses no aspirarían más que á regresar á su patria. Por este mismo tiempo un despacho de Napoleón señalaba á las autoridades francesas, esta vez de una manera muy clara, toda su conducta ulterior: no debían obligar á Maximiliano á abdicar; pero bajo ningún pretexto debían retardar la repatriación. Sólo una cosa faltaba á las tristezas de la aventura mexicana: una ruptura violenta entre los que iban á separarse para siempre. Este escándalo, este gran escándalo no fué evitado.

Todo estaba preparado para esta ruptura, como los materiales para un incendio. He aquí el incidente que provocó la explosión. Únicamente apoyado en el parti-

do reaccionario mexicano, Maximiliano habíase visto obligado á renunciar á las costumbres europeas y someterse á las de su patria adoptiva. Marquez, el hombre sin escrúpulos, dominaba en México. Para procurarse fondos, decretó una contribución forzosa; para procurarse soldados, practicó el sistema de la leva. Todos aquellos á quienes alcanzaban estos duros rigores volvieron los ojos hacia el mariscal. En tales coyunturas sucedió que éste puso en libertad á un cierto Pedro Garay que pasaba por agente juarista y que Marquez había detenido. Los periódicos habían protestado contra la ingerencia de la autoridad francesa. Bazaine no sólo mantuvo su disposición, sino que suspendió un periódico llamado *La Patria*. El ministro del Interior protestó; pero Bazaine sostuvo lo que llamaba su derecho. ¿Qué más puedo decir? Después de cartas cada vez más ásperas, el comandante en jefe notificó á los consejeros del emperador y á éste mismo que no quería tener en lo sucesivo ninguna relación con el ministerio; á lo que Maximiliano replicó el 28 de enero devolviendo los despachos y rompiendo toda clase de relaciones con el cuartel general francés. Únicamente podría abreviar el escándalo una pronta partida. El mar, más que los disentimientos, separaría de sus aliados á los franceses. En el momento de alejarse, Bazaine tuvo empeño en justificar todos los reproches de sus enemigos, excepto los de intrigas criminales, que nunca fueron probados. Nada se omitió de lo que acentuaría el abandono. El mariscal dejaba en México provisiones de guerra que no podía llevarse: lejos de remitirlas á título gracioso á los arsenales mexicanos, mojó la pólvora é inutilizó los proyectiles, y vendió en pública subasta y á bajo precio los caballos que no podía llevarse, sirviendo estos animales, en su mayor parte, para la remonta de las guerrillas juaristas. La orden llegada de Francia era que se repatriase á cuantos lo pidiesen: no contento con romper, como lo exigían las instrucciones que tenía, los compromisos contraídos al servicio de Maximiliano, Bazaine anunció, por medio de una circular, que los que se quedaran en México perderían su condición de franceses y deberían renunciar á la protección de Francia: así imponía moralmente el regreso á aquellos á quienes la fidelidad hubiese tentado. El 5 de febrero era el día en que el comandante en jefe abandonaría México. Aun en la proclama que dirigió antes de partir á los habitantes de la capital mostró la vulgar preocupación de hacer ver que olvidaría en adelante una empresa que no había dado resultado: ni una alusión á la monarquía, ni un recuerdo al príncipe que dejábamos en peligro: con una especie de serenidad desenvuelta, de imparcialidad despreciativa, el mariscal hablaba del ensayo que había fracasado. «Estad seguros, decía, de que jamás entró en las intenciones de Francia imponer una forma de gobierno contraria á vuestros sentimientos.» Tal fué el adiós de Bazaine á Maximiliano.

Con Bazaine partieron las últimas tropas. El mariscal había prevenido á los jefes liberales que, habiendo ya concluido su misión, se abstendría de toda operación activa, pero que castigaría enérgicamente toda agresión. La retirada terminó, pues, sin combate; sin embargo, las mismas guerrillas que nos dejaban el camino libre se establecían á retaguardia de nuestras columnas y las

comunicaciones se cerraban tras nosotros como el mar sobre la estela de un barco.

En la rada de Veracruz esperaban los transportes. Habíanse hecho ya á la mar tres paquebotes. Uno de ellos transportaba á Europa los soldados de la legión belga. Los embarques se sucedieron durante todo el mes de febrero, prolongándose hasta los primeros días de marzo. Los austriacos, exceptuando tres ó cuatrocientos que quedaron en México, fueron distribuidos entre los grandes buques, el *Var* y el *Allier*. En medio de los errores políticos de la empresa, Bazaine pudo experimentar un sentimiento de seguridad viendo reunido á su alrededor, sin ninguna acción de guerra, el ejército que estaba diseminado por todos los ámbitos de México. Este movimiento de concentración, terminado en buen orden y sin tropiezos, hacía honor á las sabias disposiciones del mariscal, así como á la firmeza de los jefes subalternos, y disimulaba un poco lo que tenía de entristecedor el descalabro final. Bazaine se embarcó el 11 de marzo junto con los últimos batallones. Hubiera demostrado tener la conciencia muy obstruída si en el momento de alejarse para siempre no hubiese sentido un pesar y como un remordimiento al recordar á aquel cuya guardia le había sido encomendada y á quien dejaba abandonado. Ya cerca de Orizaba, y cuando se dirigía hacia la costa, envió un correo á México para ofrecer al emperador un asilo á bordo de la escuadra francesa: aun le era posible, decía, tender la mano á Su Majestad; mañana quizás no se lo permitirían las comunicaciones cortadas. Dios quiso que este supremo llamamiento no tuviese efecto. El correo, que tenía que atravesar los caminos infestados por el enemigo, no había llegado todavía á México cuando el ministro de Francia, que había permanecido en su sitio, dirigía á Bazaine un despacho que destruía la última esperanza. El emperador, comunicaba el Sr. Dano, había abandonado la capital, dirigiéndose, no hacia la costa, sino hacia el interior; había partido, según se decía, para ponerse al frente de su ejército.

V

Desde las ventanas semiabiertas de su palacio, Maximiliano había visto desfilan los regimientos franceses. Dícese que cuando el último batallón hubo desaparecido exclamó impetuosamente: «¡Por fin soy libre!» Al salir de nuestra larga y pesada tutela, este grito fué el grito espontáneo de independencia, el grito del rencor que no puede contenerse. Cuando se hubo calmado el impulso de esta breve y triste alegría, la realidad apareció severa é inexorable. Una sola fuerza quedaba al príncipe: la que el hombre saca del exceso de sus desgracias, cuando habiendo llegado al fondo del infortunio no puede sorprenderle ni turbarle ningún golpe de la suerte.

En la inmensidad de los territorios mexicanos, el imperio sólo aparecía ya como un islote reducido sin cesar por las olas. Por todos lados hacían irrupción los batallones republicanos sin que pudiese repararse ninguna brecha. Querétaro, Puebla, Veracruz, eran, con México, las solas ciudades importantes en que flotaba todavía la bandera imperial. Todo aseguraba el triunfo del enemigo, y la importancia de sus contingentes, aumenta-

dos continuamente por el camino, y la abundancia de los recursos sacados de las requisiciones, y el prestigio de los recientes éxitos y el apoyo moral de los Estados Unidos empeñados en borrar nuestras huellas. A fuerza de combatir, ciertos jefes juaristas habían aprendido el arte de la guerra. En las largas peripecias de las luchas civiles habíanse hecho famosos algunos hombres: Porfirio Díaz, el vencedor de Oaxaca; Regulez, nuestro antiguo adversario en el Michoacán; Corona, que había sostenido la resistencia en las regiones extremas del Noroeste; Escobedo, poco antes comandante de las fuerzas disidentes en el Tamaulipas y á orillas del Río Bravo. Ante ellos se abrían las ciudades, y sus adversarios, fuera de sí, sólo podían elegir entre dos peligros, el de la sumisión ó el de la huida. Todo servía á los victoriosos, y en particular la fama de sus represalias. Nadie se atrevía á resistirles, pues era conocida su falta de compasión.

A la misma hora en que las tropas francesas evacuaban México, un rumor favorable se extendió por la ciudad. Miramón, en una tentativa atrevida, había llevado sus armas hasta Zacatecas. No fué esto más que un engañoso claro en medio de las tinieblas en que se agitaban los imperiales. Algunos días después el mismo Miramón fué batido cerca de San Jacinto y con trabajo condujo hacia Querétaro los restos de sus batallones. Lo que siguió á la derrota permitió presagiar los rigores futuros. Hallábanse entre los prisioneros un centenar de franceses que se habían negado á romper su juramento y á ingresar de nuevo en nuestro ejército, y por orden del Gobierno mexicano fueron condenados á muerte. A las protestas de los Estados Unidos los juaristas contestaron invocando la propia autoridad de Bazaine: ¿no había éste proclamado que aquellos de sus soldados que no saliesen de México perderían su condición de franceses? Por decisión del mismo mariscal los cautivos, pues, no eran más que filibusteros. La explicación era peor que el silencio. Por aquel tiempo se embarcaba el comandante en jefe. Antes de hacerse á la mar hubieran podido llegar á sus oídos las últimas exclamaciones de aquellos á quienes no le era ya permitido socorrer ni vengar. En estas terroríficas circunstancias, ¿qué confianza no hubiera parecido locura! Sin embargo, aún quedaba un débil resto de esperanza. Maximiliano no podía ya pretender reinar á título de emperador ni regenerar su país adoptivo; pero, virtualmente destronado, quizás lograría sostenerse como jefe de partido. No hacía mucho había presentado este nuevo papel, cuando renunciando al sueño generoso de la monarquía nacional, se había lanzado en brazos de los reaccionarios, sus primeros amigos. Entonces, acallados los escrúpulos por la urgencia, Maximiliano volvió á las antiguas prácticas que pretendiera abolir, á saber, la leva que le procuraría algunos reclutas, las requisiciones forzosas que le asegurarían día por día su subsistencia y la de sus tropas. Bastante parecido á aquellos aventureros que desde hacía medio siglo se habían disputado México, ganaría en probabilidades de salvación lo que perdería en dignidad. Un día, un solo día que los azares de la guerra le fuesen favorables, haría que el príncipe, sin perder una hora, aprovechara la ocasión convocando un simulacro de congreso y entregándole el poder. Así su marcha no se llamaría ya huida, sino ab-

dicación voluntaria. De todos los recuerdos que dejaría en México, el último, el que más se tendría en cuenta, sería el de una victoria, la cual salvaría del ridículo la aventura mexicana y proyectaría quizás sobre ella, á los ojos del viejo mundo, el maravilloso reflejo de las cosas atrevidas y lejanas. En todo caso, se habría evitado la irrisión suprema de volver á Europa en los furgones de Francia, de esa Francia á quien el príncipe imputaba todas sus desgracias y á la que por lo mismo detestaba.

Guardado por la autoridad de las leyes, un monarca tiene en su capital su natural y permanente morada. Expuesto á los accidentes cotidianos de la fortuna, un jefe de partido debe salir á campaña. El archiduque (¿puede dársele todavía el nombre de emperador?) se decidió á abandonar México é ir en busca del enemigo. La resolución, muy discutida de momento y luego muy criticada, no dejaba de ofrecer notables ventajas. Tomando la ofensiva, Maximiliano evitaba que se le reprochase desaliento ó inercia. Corría el albur de una victoria. En su avance aumentaría sus contingentes por medio de la leva y su tesoro por las dádivas voluntarias del clero y de los grandes propietarios. Las requisiciones harían lo demás. Partiendo por el camino del Norte, el príncipe se dirigió hacia Querétaro: al Nordeste de dicha ciudad se extendía una región montañosa, difícil de penetrar, fácil de defender, fecunda en refugios; era el país del general imperialista Mejía, completamente adicto á su soberano y muy popular entre los de su raza. En caso de supremo fracaso, se esperaba encontrar en aquellos lugares casi inexplorados amigos fieles y un escondrijo impenetrable. El 19 de febrero Maximiliano entró en Querétaro, donde fué recibido con calurosas aclamaciones, enternecedor testimonio de una fidelidad acrisolada. Con esta entrada casi coincidió el último llamamiento de Bazaine, llamamiento llegado demasiado tarde y de que el príncipe no tuvo noticia. En Querétaro, durante el breve reposo que le dejaban los adversarios, el archiduque pudo reunir sus fuerzas, revisarlas, apreciar lo que de ellas podía esperarse. A su alrededor estaban agrupados sus generales: Mejía, modesto, inteligente, leal, muy superior á todos sus compatriotas; Miramón, joven, valiente, y que en otro tiempo ocupara la presidencia de la República, cosa que no había olvidado: era un poco sospechoso á Maximiliano, que le tildaba de ambicioso y sólo se aproximó á él en los últimos días; Marquez, verdadero tipo de *condottiere*, audaz, lleno de recursos, sin escrúpulos, demasiado comprometido para esperar clemencia alguna, crecido en la guerra civil y viviendo en ella como en su condición natural, muy capaz de servir bien á su señor, y también de salvarse solo y abandonarle. En lugar secundario aparecían otros jefes: Arellano, que mandaba la artillería; luego un coronel, ya sospechoso para algunos, pero muy visible, que gozaba del favor de su amo y que se llamaba López; á los pocos días, el 23 de febrero, llegó una nueva división á las órdenes del general Méndez, procedente de Michoacán. Con este refuerzo el ejército imperialista reunido en Querétaro contaba aproximadamente 10.000 hombres: los peores elementos se habían eliminado de por sí con las deserciones de las épocas precedentes; de manera que el ejército que restaba parecía fuerte, bastante bien organizado y susceptible de valor y arrojo.

Del empleo de estas fuerzas dependían el fracaso irremediable ó la liberación. Los contingentes juaristas, Escobedo por un lado, y por otro Corona, se aproximaban. Reunidos, sobrepasarían á los imperiales; pero antes de juntarse serían vulnerables durante algunos días. El plan, atrevidísimo y acertado, consistía en aprovechar estas horas de favor, las últimas que Dios concedía al imperio, y en atacar separadamente á los dos cuerpos del ejército enemigo. Miramón aconsejó esta conducta. La decisión debía ser pronta; la ejecución, de una rapidez aterradora. Cometiéndose una gran falta en vacilar, en aplazar lo que no sufría un momento de retraso. Marquez, el rival de Miramón, ponderó las ventajas de la defensiva; siendo así, ¡cuánto mejor hubiera sido permanecer en México! Mientras tanto, los ejércitos republicanos se concentraban. Desde entonces el emperador se encontró acorralado en Querétaro. Unos días más y estaría sitiado.

No tengo el propósito de narrar este sitio, á pesar de que sobre todo este desenlace se ciernen la imagen de Francia, materialmente ausente y moralmente responsable. ¿Qué decir de este último acto del drama mexicano? Un recuerdo, el de Gaeta y de su defensa, preséntase á la imaginación: pero mientras que en las aguas napolitanas estaba nuestra flota pronta á recoger á Francisco II vencido, el Habsburgo cautivo no tendría más refugio que Juárez y su clemencia. Cuando no eran todavía infranqueables las líneas enemigas, salió Marquez de la plaza con parte de la caballería. Habíasele ordenado que marchara á México y que trajese consigo presurosamente el resto del ejército imperial. Partió, mas no se le volvió á ver: esto hizo creer á los más indulgentes que sólo había pensado en sí mismo, y á los más severos, que había abandonado la causa de su señor. El resultado de la lucha era fácil de prever. En los anales de la defensa hubo, sin embargo, algunos días hermosos, y más de una vez volvieron los imperiales á la ciudad cargados con los despojos del adversario. Mas la alegría de estos éxitos tenía resabios de tristeza, como ocurre con las victorias estériles. En público Maximiliano aparentaba todavía confianza: en el círculo reducido de sus amigos mostrábase desilusionado. «Si la ciudad debe rendirse, decía, pediré que únicamente se vierta mi sangre.» Un día en que pretendían fotografiarle, dijo sonriendo: «¿Queréis hacerlo por temor de que luego sea demasiado tarde?» La resistencia se prolongó durante dos meses, mucho más de lo que el honor requería. Desde principios de mayo se vislumbraron las señales del supremo peligro: una grande escasez de víveres, apenas un poco de maíz, y deserciones en número bastante crecido; muchos enfermos y sin medios para aliviarlos ni curarlos; ninguna noticia exterior: lo que hubiera podido saberse era para descorazonar á cualquiera. Puebla estaba tomado, México estrechado; así desaparecían los últimos jirones del imperio. Durante mucho tiempo contóse con Marquez, mas luego perdióse la esperanza. Llegó un día en que el único recurso fué intentar á toda costa abrir una brecha: los sobrevivientes llegarían á Sierra Gorda, es decir, á aquellas montañas en cuyas poblaciones indias contaba todavía Mejía con influencia.

La traición (pues no puede darse otro nombre á lo que siguió) previno esta tentativa desesperada. La salida, fijada primero para la noche del 13 al 14 de mayo,

fué aplazada para la siguiente. Entre los compañeros de Maximiliano había un oficial cuyo nombre hemos citado ya, López. El 15, mucho antes de amanecer, éste introdujo al enemigo dentro de la plaza. Maximiliano, bruscamente arrancado al sueño, cogió sus armas, reunió á algunos de sus partidarios, y todos juntos corrieron hacia una eminencia que dominaba la ciudad, llamada el *Cerro de las Campanas*. Asegúrase que en la confusión del primer momento el emperador hubiera podido salvarse. Esperóse á Miramón, pero en vano: había sido herido. Ya los republicanos, que entraron al principio en pequeños grupos, penetraban por todos lados. Varias piezas de artillería se asestaron contra el *Cerro*. El archiduque interrogó á Mejía: «¿Es imposible abrirse paso?—Lo creo imposible,» repuso el general indio después de haber explorado con sus gemelos las posiciones cercanas. Luego añadió: «Si Vuestra Majestad lo ordena, lo intentaremos. Por mi parte estoy pronto á morir.» El fuego de la artillería era cada vez más intenso y la resistencia hubiese causado la pérdida de todos. Había allí una tienda de campaña, y las telas fueron cortadas á trozos para confeccionar banderas blancas. Llegaron Riva Palacio y Corona, y un poco más tarde Escobedo, á quien el emperador entregó su espada. El príncipe fué conducido al convento de la Cruz, que había sido su morada durante el sitio y que había de servirle de cárcel al principio de su cautiverio. Mientras tanto, la ciudad se llenaba de oficiales juaristas, satisfechos del triunfo, si bien algo avergonzados de la traición, todos ávidos de contemplar al que había aspirado á ser su señor y que, despojado decididamente del imperio, no era más que Maximiliano de Lorena-Habsburgo (1).

VI

Durante cinco años, Juárez había personificado la República mexicana. Ningún revés le había abatido; ninguna deserción le había descorazonado; ninguna retirada le había parecido sin esperanza. Se le había visto huyendo de refugio en refugio, siempre cercado, nunca vencido. Sea ambición, sea temor de que una transmisión de poder no perdiése totalmente al Estado republicano, había prorrogado su mando mucho más allá de los términos legales, de suerte que no teniendo ya para sí ni la ley ni la fuerza, su único poder residía en su obstinación. La victoria había coronado su constancia, y por esto, haciendo en sentido inverso el viaje que antes había realizado, se dirigía de etapa en etapa hacia el centro del imperio. Establecido interinamente en San Luis de Potosí, sólo esperaba un éxito de sus armas para entrar en la capital. Al llegar á la meta de su fortuna, llegaríale también la hora decisiva de su carrera. ¿Convenía colocarle entre aquellos grandes patriotas que, magnánimos con oportunidad, saben fundar la pacificación sobre la clemencia? ¿Era solamente un indio más tenaz que los otros, que se había puesto la máscara de la civilización? Esto se vería en su conducta para con Maximiliano vencido.

Desde fin de marzo, estando el archiduque encerrado

(1) Véase sobre los incidentes del sitio á Alberto Hans, *Souvenirs d'un officier de l'empereur Maximilien*; doctor Basch, *Erinnerungen aus Mexico*, etc.

en Querétaro, se había presentado y sospechado, sin atreverse á creerlo posible, un desenlace siniestro. El emperador Francisco José, emocionado, solicitó de antemano la intervención de los Estados Unidos por mediación del ministro de Austria en Washington. El 6 de abril Mr. Seward, secretario de Estado para los Negocios extranjeros, escribía á su representante cerca de la República mexicana, Mr. Campbell: «La captura del príncipe Maximiliano en Querétaro parece probable. Los rigores ejercidos con los prisioneros de Zacatecas despiertan el temor de que puedan practicarse parecidas



El general D. Vicente Riva Palacio

represalias en el archiduque y las tropas extranjeras. Semejantes violencias serían indignas de la causa nacional y desacreditarían ante el mundo entero el sistema republicano. Invite usted al presidente Juárez, para el caso de que el príncipe caiga en su poder, á reservarle, así como á sus compañeros, el tratamiento humanitario que las naciones civilizadas aseguran á los prisioneros de guerra.»

La petición era tan correcta como previsora. Por desgracia, Mr. Campbell, á quien se dirigía, no había seguido á Juárez en sus viajes. Sus instrucciones le dejaban, según parece, «una latitud discrecional para establecer temporalmente su residencia en alguna ciudad de los Estados Unidos ó de otra parte, próxima á las fronteras ó á las costas de México (2).» Aprovechando esta tolerancia, habíase fijado en Nueva Orleans, es decir, á medio camino de Washington y México. Así,

(2) Véase *Papers relating to foreign affairs*, 1868, Washington, pág. 389.